El concurso de la bolsita más silenciosa

Shyvirelle · Narración original

El concurso no estaba anunciado en ninguna parte. Lo inventó Andrés al sentarse en la última fila de una proyección al aire libre y descubrir que había traído el paquete de galletas más ruidoso del mundo.

Era una bolsa pequeña, dorada y perfectamente inofensiva mientras nadie la tocara. El problema apareció cuando quiso abrirla. Bastó apoyar un dedo en una esquina para que produjera un crujido tan largo que Silvia, sentada a su lado, lo miró como si hubiera empezado a arrastrar una silla.

—¿No podías traerlas en una caja? —susurró.

—Venían en esta bolsa.

—Esa no era mi pregunta.

En la pantalla acababa de aparecer un paisaje sin música. Un hombre caminaba por un campo nevado. Se oían sus pasos suaves y, detrás, la bolsa de Andrés ensayaba un trueno.

Inés, la tercera del grupo, levantó la mano.

—Yo tengo un método. Hay que abrirla muy despacio.

Andrés le pasó el paquete. Inés sujetó los bordes con dos dedos y empezó a separar la unión superior como quien abre una carta delicada. La bolsa respondió con un «criiii» sostenido, casi musical. Al fondo de la pantalla, el caminante se detuvo a escuchar algo. Dos personas de la fila anterior giraron la cabeza hacia el grupo.

—Demasiado despacio —dictaminó Andrés.

Inés le devolvió la bolsa.

—Has sido tú quien ha pedido que no sonara.

Silvia examinó la esquina superior.

—Hay que hacer un corte rápido. Un solo ruido, muy corto.

No tenían tijeras. Silvia intentó separar de un tirón el cierre. Sonó un «¡pac!» seco. En la pantalla se veía ahora una casa a oscuras; la sala improvisada no tenía pared que amortiguara el sonido, y hasta el encargado del proyector levantó los ojos.

Silvia dejó la bolsa sobre sus rodillas.

—Muy corto sí que ha sido.

—Se ha oído hasta el estacionamiento —murmuró Inés.

Andrés tomó el paquete con cierta solemnidad. Observó la pantalla para buscar un momento adecuado. Cuando comenzó a soplar viento en el cortometraje, creyó haber encontrado su ocasión. Frotó los bordes, aprovechando el ruido del aire.

La bolsa produjo una serie de chasquidos diminutos, como una baraja que alguien mezclara con los dedos. El viento de la película cesó antes que sus manos. Se encontraron escuchando cuatro chasquidos perfectamente aislados.

—Esta bolsa tiene más escenas que el corto —dijo Silvia.

Una señora de la fila de delante volvió la cabeza. No parecía enfadada, pero los tres se quedaron inmóviles, convencidos de que les pediría silencio.

—¿Quieren saber por qué suena tanto? —preguntó ella.

Andrés se dispuso a recibir una explicación científica.

—Porque llevan diez minutos tocándola.

La señora regresó a la pantalla. Inés se tapó la boca para no reírse.

Dejaron la bolsa en el suelo. Era un descanso, no una rendición. Durante dos minutos lograron olvidarla. Entonces Andrés recordó que el paquete estaba abierto por un lado y temió que las galletas cayeran. Intentó levantarlo sin rozar las sillas, pero el fondo raspó la pata metálica de la suya: «rrrras». Tres cabezas se volvieron a la vez.

—Ese sonido no lo había hecho —susurró Silvia.

—Estamos ampliando la colección —contestó Inés.

El cortometraje terminaba con el hombre del campo nevado llegando a una puerta. Andrés dejó la bolsa en el suelo y anunció por lo bajo que jamás volvería a comer durante una película. Silvia le recordó que todavía no había comido ninguna galleta. La observación lo entristeció más de lo que habría querido reconocer.

Cuando aparecieron los créditos, nadie se movió. Luego comenzó un aplauso amable. La señora de delante volvió a girarse.

—Ahora —dijo.

Andrés no entendió.

—¿Ahora qué?

—Ahora pueden abrirla. El público ya está haciendo ruido.

Los tres se miraron. Aquella solución parecía tan evidente que les dio vergüenza no haberla pensado. Mientras la gente aplaudía, Silvia sujetó el paquete, Inés tiró del otro extremo y Andrés lo abrió de una vez. La bolsa protestó con un crujido formidable que nadie distinguió entre las palmas.

—¡Ganamos! —susurró él.

—No había concurso —le recordó Silvia.

—Por eso es una victoria histórica.

Guardaron las galletas abiertas en la mochila de Inés para no volver a hacer ruido durante el siguiente corto. Prestaron atención a la pantalla, esta vez sin buscar pausas, vientos ni sonidos que pudieran esconder nada.

Cuando encendieron las luces al final de la proyección, la señora de delante seguía allí, guardando un cojín plegable.

—Gracias por el consejo —dijo Inés.

—Se me ocurrió porque pensé que querían compartir —respondió ella.

Andrés abrió la mochila y ofreció las galletas a sus amigos y a la señora. Estaban un poco rotas, pero sabían igual de bien. Comieron de pie, sin miedo a que el crujido del paquete interrumpiera una escena.

—La semana que viene traeré otro —anunció Andrés.

Silvia lo miró con alarma.

—El paquete, no el concurso —aclaró—. Lo voy a abrir en mi casa.

La señora aceptó una última galleta.

—Y si se olvidan, esperen al aplauso —aconsejó.

Andrés, que estaba a punto de decir que también podían usar el ruido del proyector, prefirió callarse. Había tardado toda una película en aprender cuándo convenía hacerlo.